

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

LA BATALLA DE LA MENTE

¿Quién controla tus pensamientos?

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS

Quiénes son y a dónde nos llevan

AFRONTA TUS TEMORES

Qué hacer cuando nos asalta el miedo

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

conectatechile@mi-mail.cl
(09) 469 70 45

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
Colombia

conectate@andinet.com

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
Perú

RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
USA

activatedUSA@activated.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES/COLOR
Étienne Morel/Kristan Dufrane

PRODUCCIÓN
Francisco López

AÑO 4, NÚMERO 3
© 2003, Aurora Production AG.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



Probablemente todos hemos visto esos dibujos animados en los que un personaje se encuentra a punto de tomar una decisión y sobre un hombro se le aparece un angelito guardián, y sobre el otro un demonio. Ambos se empeñan en convencerlo de que haga o no haga tal o cual cosa. El mensaje es sencillo, claro y, en muchos casos, gracioso. Pero son bien pocos los que se dan cuenta de que esos dibujitos animados contienen mucho de verdad.

Inclusive muchos creyentes tienen poca conciencia de lo real que es el mundo de los espíritus y del papel preponderante que desempeña en nuestra vida. Numerosos pasajes y versículos de la Biblia hacen patente que el Señor y Sus ángeles por un lado, y el Diablo y sus demonios por el otro, luchan por influir constantemente en nosotros. Actúan en el terreno de nuestros pensamientos, desde la esfera espiritual invisible. «Nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales» (Efesios 6:12, NVI).

En términos modernos, podríamos decir que el Espíritu de Dios es como una emisora de radio, y nuestra mente es el receptor. Las emisiones de Dios nos inspiran fe, esperanza y amor, y nos comunican sabiduría, verdad, instrucción y otros pensamientos positivos que nos inducen a obrar positivamente. El Diablo tiene una emisora distinta, que procura deliberadamente saturar las ondas espirituales con sus mentiras, su propaganda y sus distracciones, cualquier cosa que nos ocupe la mente y nos impida aceptar y obedecer los mensajes divinos.

¿Con qué voz estás tú en sintonía? ¿Quién guía tus pensamientos y gobierna tu tiempo y tus acciones? El presente número de *Conéctate* podría cambiar el concepto que tienes de tu mente y tus pensamientos, los cuales rigen tu vida.

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

LA LEYENDA DE LA MÁSCARA MÁGICA

ÉRASE UNA VEZ UN REY que gobernaba sobre vastos territorios. Se destacaba por su poder y astucia. Todos lo respetaban y lo temían, pero nadie lo quería. Cada año se tornaba más severo, y al mismo tiempo lo iba embargando más la soledad. Su rostro denotaba la amargura que albergaba en su alma. Unos desagradables surcos que tenía en torno a la boca daban a ésta un aspecto cruel. Además, el ceño permanentemente fruncido le había marcado profundas huellas en la frente.

Resulta que en una de las ciudades de su imperio vivía una hermosa doncella, a la que todos querían. El rey se propuso tomarla por esposa y decidió ir a su encuentro con el fin de declararle su amor. Luego de ataviarse en sus túnicas más finas, se miró en el espejo para ver qué imagen transmitiría a la bella muchacha. Sin embargo, la expresión de su rostro se veía dura y cruel, aun cuando sonreía.

Se le ocurrió entonces una idea esperanzadora. Enseguida hizo llamar a un mago.

—Emplea tus artes para pintar sobre mi rostro una máscara que me dé un aspecto bueno, amable y apuesto —dijo—. Te pagaré el precio que me pidas.

—Lo que pides es posible —respondió el mago—. Eso sí, con una condición: debes mantener la expresión de tu rostro idéntica a la que yo pinte en la máscara; de lo contrario ésta se echará a perder. Bastará una sola expresión de aspereza para que la máscara quede arruinada. En ese caso, no podré sustituirla. Deberás pensar en hacer el bien y ser gentil y cortés para con todos los hombres.

Así pues, se fabricó la prodigiosa máscara, tan verosímil que nadie hubiera adivinado que no era el propio rostro del rey. Pasaron los meses, y el monarca luchó denodadamente consigo mismo para que la máscara no se

arruinara. La hermosa doncella se convirtió en su desposada, y sus súbditos se maravillaban de la milagrosa transformación operada en él. La atribuían a su bella esposa, la cual —según decían— le había contagiado su modo de ser.

Al cabo de un tiempo el rey se arrepintió de haber engañado a su hermosa mujer con la máscara mágica.

—¡Quítame este falso rostro! —le dijo al mago—. ¡Llévatelo! ¡Esta máscara de hipocresía no refleja mi verdadera naturaleza!

—Si así hago —respondió el artista—, jamás podré hacerte otra. No tendrás más remedio que lucir tu propio rostro por lo que queda de tus días.

—Es preferible eso —dijo el rey— a embaucar a alguien cuyo amor y confianza me he ganado deshonorosamente. Mejor sería que mi esposa me despreciara que seguir obrando de forma indigna por causa de ella. ¡Quítamela, te digo! ¡Quítamela!

Procedió el mago a retirarle la máscara, y el soberano, con temor y angustia, observó su imagen en el espejo. Los ojos se le iluminaron y los labios dibujaron una sonrisa radiante, pues las feas líneas de su boca y las profundas huellas de su ceño habían desaparecido. Descubrió con asombro que la expresión de su rostro era idéntica a la de la máscara que durante tanto tiempo había usado. Al volver a la presencia de su amada esposa, lo único que ésta vio fueron los mismos rasgos de siempre, los del hombre que amaba.

Esta leyenda enseña una gran verdad: el rostro del hombre no tarda en revelar la naturaleza de su alma, lo que piensa y lo que siente. La Escritura nos dice con gran sabiduría: «Cual es su pensamiento en su corazón, tal es él» (Proverbios 23:7).

>> ANÓNIMO

La mente es un gran campo de batalla en el que se libra una **guerra** espiritual **sin cuartel** por el dominio de los **pensamientos** del individuo y, a través de ellos, de sus **acciones**.



LA MAYORÍA DE LAS COSAS que hacen caer a la gente empiezan en la psique: el orgullo, el egoísmo, el odio, la codicia, el resentimiento, la mundanería, el fariseísmo, la incredulidad, etc. Nacen en los pensamientos y se arraigan y enconan en ellos. Todo porque adoptamos la mente de los hombres y la mente del mundo en lugar de revestirnos de la mente de Dios.

La Biblia habla mucho de la necesidad de vigilar nuestros pensamientos, de hallar la voluntad de Dios y darle prioridad por sobre nuestros deseos, y de adoptar la mente de Cristo:

- «Tengan ustedes la misma manera de pensar que tuvo Cristo Jesús» (Filipenses 2:5, versión Dios Habla Hoy).
- «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la Tierra» (Colosenses 3:2).
- «No se amolden al mundo actual, sino sean transformados

mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:2, NVI).

- «Preocuparse por lo puramente humano lleva a la muerte; pero el preocuparse por las cosas del Espíritu lleva a la vida y a la paz» (Romanos 8:6, versión Dios Habla Hoy).
- «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

Es por medio de la mente que Satanás tiene acceso y trata de influenciar a la gente. De ella se vale para incorporar a su bando a los perdidos del mundo y para controlar y manipular a los suyos.

Y naturalmente, no se limita a controlar a los suyos. Ataca también a los hijos de Dios. Procura malograr su felicidad, bienestar y utilidad a Dios inyectando en sus pensamien-



*Es por medio
de la mente
que Satanás
tiene acceso
a la gente.*

tos ideas malignas. No obstante, cuando éstos optan por la luz del Señor y rechazan las tinieblas del Diablo, cuando permiten que Jesús los controle y le piden que les imbuya los pensamientos que proceden de Él, toda obra buena es posible.

Lo estrecha que sea nuestra relación con el Señor y las bendiciones que se derivan de ello se definen en el entorno del pensamiento, dado que allí es donde determinamos nuestra voluntad. Es allí donde optamos por Él y por Sus preceptos, donde nos decidimos a creer en Su palabra en vez dar crédito a la palabra del Diablo. Es en ese terreno donde adoptamos la mente de Cristo.

«Orad sin cesar» (1 Tesalonicenses 5:17), nos dice la Biblia. Una de las cosas que más nos conviene hacer es pedirle continuamente al Señor que dirija nuestros pensamientos y nos libre de la influencia del Diablo. Para poder bendecirnos y valerse de nosotros tanto como quisiera, el Señor necesita asumir pleno dominio de nuestros pensamientos.

Sus pensamientos no pueden coexistir con nuestra mente natural, la cual se opone a la Suya. «Los designios de la carne [la mente natural] son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Romanos 8:7). Nuestra mente natural es presa fácil de las dudas, mentiras y propaganda del Diablo, y puede sofocar el Espíritu del Señor.

En definitiva, para alcanzar la talla que el Señor quiere que alcancemos como cristianos, debemos ser enteramente Suyos; y para eso, debemos adoptar Su mente, debemos pensar más cabalmente como Él. ¿Cómo? Desembarazándonos de la mente humana, de la mente

mundana, de los pensamientos de Satanás, de la vanidad de la mente carnal o natural.

Debemos «ceñir los lomos de nuestro entendimiento» (1 Pedro 1:13). Eso significa construir barricadas que nos protejan de los ataques del Diablo por la vía de los pensamientos. Significa ponernos totalmente bajo el dominio y la dirección de Jesús. Cuando logramos eso, Él está en condiciones de vivir en nosotros y obrar por medio de nosotros como nunca. □

EL PARCELERO OBSTINADO

HABÍA UN ACAUDALADO TERRATENIENTE que deseaba comprar todo un pueblo. Por fin adquirió todos los lotes y terrenos... mejor dicho, todos menos una parcelita. Pues resulta que había un campesino testarudo que se negó tajantemente a vender su pequeño lote de tierra. Nada hacía cambiar de parecer a aquel hombrecillo. El hacendado hasta llegó a ofrecerle mucho más dinero del que valía en realidad su lote; pero el viejo campesino, muy encariñado con su terrenito, se negó en redondo a venderlo. El hacendado por fin se dio por vencido, pero se confortó diciendo:

—¡Bah, qué importa! Si no es más que una parcelita. Como he adquirido todos los demás terrenos, en realidad el pueblo es mío. Me pertenece.

Por casualidad, el viejo campesino testarudo lo oyó y le recordó:

—¡Nada de eso! ¡Ambos somos dueños del pueblo! ¡Nos pertenece a los dos!

No permitas que el Diablo le diga eso de ti a Dios:

—¡Ajá! ¡Mira, Dios! ¡Este lo ha entregado todo menos esta cosita! Así, aunque mayormente te pertenece a Ti, ¡una parcelita todavía es mía!

>> DAVID BRANDT BERG (D.B.B.)

UNA MERMELADA MEMORABLE

CRIAR CON EL CORAZÓN

ME COSTABA MUCHO disfrutar realmente de mis hijos. Bregaba y bregaba con ello más de lo que estaba dispuesta a admitirlo. No podía negar que muchos incidentes inesperados desembocaban en gratos momentos que luego yo evocaba con cariño. En muchos otros casos, sin embargo, les aguaba la fiesta a los niños antes que la experiencia llegara a dejarles un lindo recuerdo. Hasta que un día eso cambió.

Era un lunes por la mañana. Apenas había partido mi esposo a trabajar y me había quedado sola con los dos niños, me puse a contar las horas que faltaban para que volviera a casa. Para entonces prácticamente sería hora de que los niños se acostaran y todo se volvería más fácil con la ayuda de mi marido.

La mañana transcurrió despacio. Por fin llegó la tarde. Aspiraba a dedicarle algo de tiempo a mi trabajo mientras los niños dormían la siesta; pero ese hilillo de esperanza se desvaneció. La más pequeña, Ella, se quedó despierta y quería a toda costa que le dedicara atención y jugara con ella.

Cuando finalmente cedió al sueño, yo me desplomé en una silla. Pero no habían pasado más de unos minutos cuando mi hijo de dos años y medio se bajó de la cama y se me sentó en la falda.

—¡Ya me desperté, mami! —me anunció como si fuera todo un logro.

—Ya veo —le dije, esforzándome por conservar el optimismo, aunque por dentro no podía espantar el pensamiento de que la tarde se me había ido y no había logrado hacer nada.

Miré el reloj.

—Faltan dos horas para que llegue papá —dije en voz alta—. Vamos a tomarnos una colación.

Evan se puso de pie sobre una silla de la cocina y se apoyó sobre la encimera mientras me ayudaba a servir un vaso de leche. Yo habría preferido prescindir de su ayuda, pero recordé algo que me había dicho hacía poco mi madre:

—A esta edad quiere hacerlo todo solo.

—Pero es exasperante para mí —me quejé—. Hasta las cosas más sencillas se vuelven muy complicadas y toman mucho más tiempo.

—Es lo mejor —me dijo mamá—. Considera que es parte de su formación. Todas esas tareas que para nosotros son mecánicas —por ejemplo, cepillarse los dientes, lavarse las manos, vestirse, servirse un refrigerio— son totalmente novedosas para los chiquitines. Constituyen algo nuevo que aprender y experimentar. Esas cositas les enseñan independencia y cierta autosuficiencia; forjan su carácter y su estilo. Recuerda que tú eres la maestra, y tus hijos son alumnos ávidos de aprender en la escuela de la vida.

Así que dejé que Evan me ayudara a servir

*Claire Nichols con
su hijo Evan*



la leche.

—Ya está —le dije cuando terminamos.

—¿Me das un trozo de pan con mermelada, por favor?

Él sabía que si me lo pedía con buenos modos y alegría, yo no se lo negaría.

Me dirigí a la nevera, pero él llegó primero y comenzó a sacar la mermelada del estante.

«¡Ojalá ese frasco no se le caiga de las manos y se le rompa!», pensé, en el preciso instante en que el chico lo dejaba caer.

La mermelada no se esparció mucho, pero el vidrio roto fue otra historia. Se desperdigó en mil pedazos por todo el suelo de la cocina. Me tapé la boca con las manos para que encima no se derramaran mi cansancio y exasperación.

—Nunca vuelvas a hacer eso —aventuró Evan con tono de arrepentimiento y algo de preocupación.

Me obligué a hacer una breve oración. «Jesús, ¡ayúdame! No quiero perder la paciencia. Sé que no fue culpa suya».

De golpe recordé las palabras de mi mamá: «Algo nuevo que aprender y experimentar».

Levanté a Evan para que no se cortara.

—Primero, mejor que vayamos a ponerte unos zapatos. Después te voy a enseñar a limpiar un frasco de mermelada roto.

Unos momentos después, mientras barría los restos y Evan aguardaba con el recogedor,

le expliqué a mi pequeño alumno la dinámica del vidrio: lo fácil que se rompe y la mejor manera de recogerlo cuando eso ocurre.

Los consejos de mamá fueron muy acertados. Al sacar de ese pequeño infortunio una experiencia didáctica para mi hijo, no perdí los estribos y conservé la calma. En lugar de regañarlo y prometerme a mí misma que nunca volvería a cometer el error de dejarlo sacar algo de la nevera por su cuenta, le enseñé a afrontar positivamente un accidente.

Sacamos otro frasco de mermelada del armario y juntos untamos la mantequilla y la mermelada en el pan, preparamos café para mamá y lo servimos todo ordenadamente en la mesa para disfrutarlo juntos. En ese momento me di cuenta de que esta vez sí estaba disfrutando de la ocasión.

—¡Eres un cocinero estupendo, Evan!
Sus ojitos brillaban.

—Mamá está orgullosa de ti.

—Evan está muy orgulloso de ti —me respondió sin vacilar.

Sonreí. La verdad es que yo también estaba orgullosa de mí misma.

—Creo que voy a comprar otro frasco de mermelada y lo voy a dejar permanentemente sobre la mesada de la cocina —le dije—.

Nunca quiero olvidarme de este momento que estoy disfrutando contigo. □

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS

JOSEPH CANDEL

*Profecías de la Biblia
sobre el Tiempo del Fin*



Los cuatro jinetes del Apocalipsis revelan la verdad y preparan el terreno para lo que ha de venir.



¿TE HAS PREGUNTADO ALGUNA VEZ por qué hay guerras o por qué es tan injusta la distribución de la riqueza, por qué algunas personas —e incluso naciones enteras— son ricas y opulentas mientras otras padecen hambre y privaciones? ¿Por qué los gobiernos gastan millones en guerras que siembran muerte y destrucción mientras los pobres siguen sufriendo?

Yo me cuestionaba por qué el mundo es como es, por qué no puede haber más amor, paz y cooperación entre personas y países para hacer del mundo un lugar mejor. Encontré la respuesta a ese interrogante en la Biblia, concretamente en el capítulo 6 del Apocalipsis, pasaje que describe a cuatro jinetes.

En dicho capítulo Jesús abre el libro del futuro, el libro de las profecías, que está cerrado con siete sellos, y le revela al apóstol Juan el futuro desde aquel momento —desde el año 90 d.C. aproximadamente— hasta los postreros días —la época en que vivimos actualmente— y más allá.

La palabra *apocalipsis* proviene del griego *apokálupsis*, que significa *revelación del futuro*. Los cuatro jinetes del Apocalipsis revelan la verdad sobre la religión, la guerra y la economía, y preparan el terreno para lo que ha de venir.

El primer sello

Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: «Ven y mira». Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer (Apocalipsis 6:1,2).

El primer jinete, que lucía una corona y salió venciendo, es obviamente

Jesús. ¿Qué sucedía en aquella época, alrededor del año 90 d.C.? Desde la perspectiva espiritual, Jesús resucitado salía para conquistar el mundo con el Evangelio por medio de Sus apóstoles y de los primeros cristianos. A la larga llegarían a conquistar el poderoso Imperio Romano. El mensaje de amor y perdón divinos que predicaba Jesús demostró tener más fuerza que todas las legiones de Roma. Jesús es el gran conquistador a lomos del caballo blanco.

En el capítulo 19 del Apocalipsis encontramos otro caballo blanco: «He aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero. [...] Su nombre es: el Verbo de Dios» (Apocalipsis 19:11,13).

A raíz del versículo 14 del primer capítulo del Evangelio de Juan sabemos que el «Verbo de Dios» es Jesús: «Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad».

A Jesús lo siguen las huestes del Cielo, los santos resucitados que también descienden del Cielo cabalgando en corceles blancos para derrotar a las fuerzas del Anticristo y tomar control del mundo en la Batalla de Armagedón (Apocalipsis 19:14).

El segundo sello

Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: «Ven y mira». Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada (Apocalipsis 6:3,4).

¿Qué quita «de la Tierra la paz»? La guerra, obviamente. El caballo bermejo simboliza la guerra, los militares y su maquinaria bélica.

El color del caballo —el bermejo, que es un tono rojizo— resulta muy apropiado, pues representa toda la sangre vertida en las infernales guerras del hombre, las cuales no pueden achacársele a Dios, sino que son causadas por el orgullo, los prejuicios y la avaricia que reinan en el corazón del hombre. «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1).

La gran espada que se le entregó al jinete del caballo bermejo podría ser alusiva a los grandes adelantos en materia de armamentos y a las hecatombes mucho mayores ocasionadas por la guerra desde que Juan recibió esta profecía.

El tercer sello

Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: «Ven y mira». Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: «Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino» (Apocalipsis 6:5,6).

El jinete del caballo negro, que llevaba en la mano una balanza, simboliza a los magnates y potentados que ejercen gran influencia en la distribución de la riqueza en el mundo manipulando la economía de los países. Sólo hay otro versículo de la Biblia en el que se describe

a un hombre con una balanza: «Mercader que tiene en su mano peso falso, amador de opresión» (Oseas 12:7).

Otro de los profetas —Amós— también dijo que los mercaderes —los poderosos capitalistas de su época, que robaban a los pobres en lugar de ayudarlos— achicaban la medida, subían el precio y falseaban con engaño la balanza, para comprar los pobres por dinero y los necesitados por un par de zapatos. (Amós 8:4-6).

El caballo negro representa, pues, el hambre y la pobreza generados por los ricos que se niegan a compartir con quienes padecen necesidad. Este caballo es el responsable de la situación económica actual. En la Escritura el aceite y el vino simbolizan la abundancia y la suntuosidad. La referencia a que el aceite y el vino no fueron *dañados* describe una situación en la que la opulencia y la riqueza conviven junto al hambre y la pobreza, y el abismo que separa a los ricos de los pobres se va ensanchando cada vez más.

El cuarto sello

Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: «Ven y mira». Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra (Apocalipsis 6:7,8).

El cuarto y último jinete del Apocalipsis es la muerte misma, no solo la muerte causada por la guerra, sino también por bestias, plagas, hambrunas y toda causa concebible.

Naturalmente, siempre hemos padecido la muerte. Sin embargo, la muerte ocasionada por el hambre, las catástrofes naturales, nuevas plagas tales como el sida y nuevas pestilencias tales como el virus del ébola, han alcanzado proporciones sin precedentes, tal como dijo Jesús que ocurriría justo antes de Su retorno: «Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares» (Mateo 24:7).

El quinto sello

Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?» Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos (Apocalipsis 6:9-11).

Primero se presenta el caballo blanco, cuyo jinete proclama su mensaje y *conquista* numerosas almas. Luego se produce el franco rechazo del mensaje por parte de los incrédulos, los

que toman partido con los otros tres jinetes montados sobre los caballos bermejo, negro y amarillo. Esto se traduce en la persecución y martirio de «los que

Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados» (Mateo 24:7,21-22).

acaparamiento y mal uso que hacen de sus fortunas amenaza con desatar un nuevo conflicto global. Además, en su insaciable afán de obtener más y más riquezas, los poderosos finalmente han logrado contaminar toda la Tierra. Tales son algunas de las consecuencias de la tecnología moderna.

Un día la humanidad llegará a tal callejón sin salida que se autoaniquilaría si Dios le permitiese continuar a su manera hasta las últimas consecuencias.

habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios». Así ha sido a lo largo de la Historia. Esos mártires, no obstante, son los menos. La mayoría de los seguidores de Jesús se han librado del martirio y han podido conservar la vida y proseguir con Su obra.

Dicho de otro modo, Jesús previó que un día la humanidad llegaría a tal callejón sin salida que se autoaniquilaría si Dios le permitiese continuar a su manera hasta las últimas consecuencias. Y anunció que cuando esté a punto de consumir su propia destrucción, Dios intervendrá para evitarlo. ¿De qué manera? Por medio de la segunda venida de Cristo, cuando regrese para castigar a los impíos, asumir el gobierno del mundo e instaurar Su reino de justicia (Mateo 24:29-30; Isaías 9:7; Jeremías 23:5; Apocalipsis 19:11-21).

Después de los otros caballos, aparece el cuarto jinete a lomos del caballo amarillo: la muerte en todas sus manifestaciones.

Esos son, pues, los cuatro jinetes del Apocalipsis. Seguirán cabalgando hasta el Fin, cuando Jesús regrese para transportarnos consigo a la dimensión celestial e impartir Sus castigos a quienes perpetraron este infierno en la Tierra. Luego vendremos nuevamente —Él y todos los santos de Dios— para acabar con el Anticristo y todas sus fuerzas en la Batalla de Armagedón. Posteriormente Dios limpiará y purificará la Tierra y establecerá Su reino eterno regido por Jesucristo.

La guerra, la codicia y la muerte —los personajes revelados durante la apertura del segundo, tercero y cuarto sello— son casi tan milenarios como el mundo mismo. No obstante, el cuadro que nos presenta la Biblia, tanto en este como en otros pasajes, indica que cada una de esas fuerzas adquirió mayor preponderancia desde la época en que se comunicó esta revelación al apóstol Juan.

La humanidad no alcanzó la capacidad de autodestruirse sino hace unos 50 ó 60 años. Los militares —el caballo bermejo— tienen actualmente sus ojivas nucleares, sus misiles intercontinentales y sus armas químicas y biológicas, aparte la tecnología para la llamada *guerra de las galaxias*.

*

¿Por cuál de esos caballos apuestas? Ponlo todo al ganador. ¡Acepta a Jesús hoy mismo! Así tendrás la seguridad de que un día de éstos cabalgarás junto a Él sobre tu propio caballo, cuando regrese para remediar todos los males. Jesús es «el camino, la verdad y la vida» (Juan 14:6). Si lo sigues, «conocerás la verdad, y la verdad te hará libre» (Juan 8:32). □

Esta fue también una de las predicciones que hizo Jesús en Su famoso discurso sobre el Fin de los Tiempos (Mateo, capítulo 24). En aquella ocasión auguró que este proceso culminaría en una «gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá.

Los ricos, montados en su caballo negro, fueron los grandes cómplices de las grandes guerras del siglo pasado. El

¡AFRONTA TUS TEMORES!



qué hacer cuando nos asalta el miedo

>> DAVID BRANDT BERG

UNO NO SE DA CUENTA de que el miedo es algo mayormente inconsciente hasta que trata de expresarlo verbalmente y analizarlo. Sin embargo, muchas veces tenemos miedo de hablar de nuestros temores o siquiera admitir interiormente que los tenemos, porque ello pondría de manifiesto lo más íntimo de nuestra personalidad.

Para mí el miedo al fracaso es probablemente uno de los mayores temores que se puedan abrigar. El temor a fracasar en la vida, en el amor, en el trabajo y —para un cristiano— defraudar al Señor. Creo que para un cristiano, uno de los peores es el temor de fallarle a Dios. Y creo que el único que lo supera es el temor de fallar a los demás, porque sabemos que Dios nos perdona, pero que a los demás les cuesta tolerar nuestras culpas. El temor a perjudicarlos con nuestro fracaso, a decepcionarlos y defraudarlos, a hacer

tambalearse su fe, a desilusionarlos o a desalentarlos, el temor a que nuestro fracaso haga fracasar a los demás. Ese es el más difícil de soportar.

En todo caso, sean cuales sean nuestros temores, vale la pena hacerles frente y trazar una línea de distinción entre la verdad y lo imaginario, entre una amenaza real y nuestra paranoia.

Esto se ve claramente ilustrado en un incidente que protagonicé cuando de muchacho repartía periódicos y folletos a domicilio. Había por esos vecindarios unos perrazos que siempre me andaban persiguiendo y mordiendo los talones. A veces me llegaban a morder, pero en la mayoría de los casos eran perros ladrones y poco mordedores. No tardé en descubrir que, si huía de ellos, ahí sí que se echaban a correr detrás de mí. Es decir que era más probable que me mordieran si les volvía

la espalda que si les hacía frente.

En cierta ocasión —tendría yo entonces unos 12 años—, me vi obligado a entrar en un jardín cuando de repente, procedente de la parte trasera, apareció un gigantesco perro danés. Venía corriendo hacia mí a toda velocidad, ladrando y gruñendo con furia, dando imponentes saltos. Pensé que me había llegado la hora. Pero sabía que no le podía volver la espalda: entonces sí que me mordería. Por otro lado, el animal era demasiado grande para mí y encima, yo había incurrido en su territorio. Gracias a Dios que me acordé de clamar al Señor. Señalé al perro con el dedo y grité: «¡Te reprendo en el nombre de Jesús!» Pues vaya frenazo el que dio. Se detuvo en seco, con aspecto de desconcierto total. Se dio media vuelta y se alejó a toda marcha.

De eso saqué una ense-

**Hay que
distinguir
entre la
realidad y la
ficción, entre
la verdad y
la mentira.**

ñanza: no sólo vale la pena hacer frente a los temores, reconocerlos e incluso confesarlos, sino también adoptar una actitud decisiva contra ellos, sobre todo en el poder y Espíritu del Señor, invocando las promesas de Su Palabra. De nada me habría servido simplemente adoptar una actitud mental positiva y decir: «¡Perrazo, tú no existes, así que no te voy a hacer caso!» El can habría acabado conmigo para demostrarme que sí existía.

Hay que distinguir entre la realidad y la ficción, entre la verdad y la mentira. Porque si algo es real, de nada servirá cerrar los ojos esperando que al volver a abrirlos se haya esfumado, como si nunca hubiera existido, como si fuera pura imaginación.

Aquel perrazo era de verdad y venía derecho hacia mí. Nada habría sacado con cerrar los ojos deseando que se fuera o convencerme de que aquello era un espejismo.

El animal estaba ahí mismo. Era tan palpable como tú o como yo, y se me iba a echar encima. En ese caso lo mejor que podía hacer era enfrenarlo y actuar de algún modo para eliminar el peligro. Lo hice tomando la iniciativa y atacando yo mismo con el poder del Espíritu. Inicialmente, era el gran danés el que estaba a la ofensiva, y yo a la defensiva; pero el Señor me ayudó a invertir la situación. De pronto, él se puso a la defensiva, dio media vuelta y salió despavorido.

Como sabe todo estratega militar, es imposible ganar una guerra defensiva. Toda guerra defensiva está condenada al fracaso. Si se quiere triunfar en una guerra hay que atacar, hay que pasar a la ofensiva.

De modo que vale la pena admitir los temores, reconocer que existen, distinguir entre lo real y lo irreal, entre la verdad y la mentira, y emprender un ataque para disipar la nebulosa ficción, las quimeras, y ahuyentar las auténticas y verdaderas amenazas.

La fe es exactamente lo contrario del temor. Así como «el temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9:10), el miedo a Satanás es el principio de la muerte. La palabra hebrea que tradujeron por *temor* en ese versículo es *yirah*, que significa *reverencia*. Se trata, pues, de un temor reverencial: es mostrar a Dios el debido respeto. Es una forma de rendirle culto. Por

lo tanto, temer a Satanás y sus maquinaciones es rendirle justamente el culto que quiere. La Palabra de Dios dice acerca de otra gama de temores que «el temor lleva en sí castigo» (1 Juan 4:18). El miedo al Diablo abate y desgasta. Es pernicioso, y si le damos cabida, termina siendo desastroso para nuestro espíritu.

De modo que debemos reprender ese tipo de temor tal como hizo Jesús cuando el Diablo pretendió que lo adorase en el monte de las tentaciones. Jesús lo puso en su lugar: «Vete de Mí, Satanás, porque escrito está: “Al Señor Tu Dios adorarás, y a Él solo servirás”» (Lucas 4:8).

El Señor promete completa paz a aquellos cuyo pensamiento persevera en Él, a quienes confían en Él (Isaías 26:3). Total que si te asedia un espíritu de temor, pon tu confianza en el Señor. Simplemente dile a Satanás: «¡Vete, maldito Diablo! ¡Fuera de aquí! Pongo mi confianza en Dios, en Jesús». La Biblia dice que si nos sometemos a Dios y resistimos al Diablo, éste huirá de nosotros (Santiago 4:7). □

(Lo anterior es un extracto de un artículo de David Brandt Berg que lleva el mismo título. Si deseas la versión completa, junto con otros artículos del mismo autor, te recomendamos el librito *Mayores victorias*, que puedes pedir a una de las direcciones de la página 2).

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

P.: HE ORADO E INCLUSO HE PEDIDO A OTROS QUE OREN POR MÍ PARA SUPERAR UNA DEBILIDAD QUE TENGO Y QUE NO LOGRO SUPERAR. ¿POR QUÉ NO RESPONDE JESÚS A MIS ORACIONES Y ME TRANSFORMA?



R.: EN EL MOMENTO en que reconocemos que tenemos un defecto y oramos para cambiar, ya hemos cambiado. «Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Juan 5:14,15).

Si oraste para cambiar, ya has alcanzado la victoria. Por medio del poder milagroso del Espíritu Santo y de las promesas de la Palabra de Dios, te conviertes en la nueva persona que le has pedido al Señor que haga de ti (2 Corintios 5:17; 2 Pedro 1:4). El capullo se abre y de



él brota la nueva persona, la cual está lista para crecer en espíritu. Ese es el primer paso: tener fe en que la transformación se ha operado.

La Palabra dice que la victoria se obtiene por medio de la fe: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo [y todos nuestros problemas], nuestra fe» (1 Juan 5:4). El Señor te ha dado la victoria. Simplemente tienes que aceptarla por fe y esforzarte por consolidar tu nueva personalidad.

La victoria la obtienes en el momento en que admites que necesitas ayuda del Señor, echas mano de las promesas que nos hace en Su Palabra y oras para cambiar. Pero si después dices: «Será



que fue una falsa victoria. El Señor no debe de haber respondido, porque sigo siendo el desastre de siempre», entonces estás cediendo la victoria. En tanto que te aferres a ella por fe y no dejes de agradecerla al Señor, es tuya.

Esa es la clave del triunfo: creer que es nuestro porque el Señor nos lo prometió y luego actuar de conformidad con esa convicción. Los sentimientos nada tienen que ver con el asunto. La victoria es nuestra por fe, aun cuando no sintamos que la hemos conseguido. Sigue, pues, alabando al Señor y agradeciéndole Su ayuda para superar tu debilidad, y pronto verás resultados concretos.

Para que el Señor te

¡A tu salud!

Según reza un viejo dicho sobre la salud física, «de lo que se come, se cría». Y lo mismo sucede con nuestro espíritu. Espiritualmente somos el producto de lo que absorbemos por medio del intelecto. Del mismo modo que no se puede chapotear en una cloaca sin ensuciarse, no es posible llenarse la mente y el corazón de conocimientos mundanos, de insensateces de los hombres, sin que nos afecten. Vigila, pues, que tu alimentación espiritual sea sana. ¡Que sea la verdad buena, saludable, nutritiva, edificante, alentadora, reconfortante e inspiradora de la Palabra de Dios!

>> D.B.B.

Si aún no conoces al Hombre que tiene el poder de transformar toda vida, perdonar todo mal, disipar toda angustia y brindar felicidad celestial aquí y ahora, además del Cielo venidero, descúbrelo ahora mismo rezando la siguiente plegaria:

Jesús, te abro mi vida y mi corazón y acepto el don de salvación que me ofreces. Te ruego que me perdones todas mis malas acciones, que hagas de mí una nueva persona y que pueda conocerte profundamente y descubrir Tu amor. Amén.

ayude a cambiar la forma en que reaccionas en ciertas situaciones, tiene que modificar tu manera de pensar. Cuando le pediste al Señor que te transformara, de hecho le pediste que te volviera a cablear. Eso casi siempre requiere tiempo y un esfuerzo tuyo.

El Señor hace la mayor parte, claro está; pero a nosotros nos corresponde poner en práctica lo que sabemos que debemos hacer para cultivar buenos hábitos, empezando por resistirnos a caer en nuestra vieja manera de pensar. Para ello no hay nada como la Palabra. La Palabra llena el vacío y establece la conexión con el nuevo juego de parámetros que el Señor tiene para noso-

tros. Por eso es tan importante leer, estudiar e incluso memorizar la Palabra.

Luego, una vez que estamos llenos de la Palabra, tenemos que afirmarnos en la fe invocando las promesas del Señor y negándonos a creer las dudas del Diablo. Hay que hacerlo una y otra vez, siempre que veamos que caemos en nuestra antigua manera de pensar o en nuestros viejos hábitos.

Cuanto más lo hacemos, más reforzamos nuestros nuevos patrones de conducta y forma de pensar, es decir, más nos «transformamos por medio de la renovación de nuestro entendimiento» (Romanos 12:2), y se hace más evidente que el Señor en efecto nos cambió. □

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Remedio para el pesimismo



Para que el Señor te ayude a cultivar formas de pensar más positivas, debes estar dispuesto a cambiar.

Salmo 51:2,7,10
Romanos 12:2
Efesios 4:22-24

Apenas te venga un pensamiento negativo, reacciona.

2 Corintios 10:3-5
Efesios 4:27
Santiago 4:7

Lléname el corazón y la mente de la Palabra de Dios.

Josué 1:8
Salmo 1:2
1 Timoteo 4:13-16

Aborda tus pruebas y sufrimientos con optimismo, viendo la mano del Señor en ellos.

Salmo 119:71
Romanos 8:28
1 Tesalonicenses 5:18
Santiago 1:2-4
1 Pedro 4:12-13

Cultiva una actitud positiva para con los demás.

Romanos 12:10
Efesios 4:32
Colosenses 3:12
1 Pedro 4:8

Promesas y plegarias para superar el pesimismo:

Isaías 55:7
Salmo 19:14
Salmo 139:23-24
Proverbios 16:3

>> DE JESÚS, CON CARIÑO

Acude a Mí en la mañana

Haces bien en pasar un rato conmigo al comienzo del día, pues eres impotente sin las fuerzas que sacas de Mí, eres torpe sin la sabiduría que Yo te otorgo, y no tienes amor que entregar a los demás si no lo obtienes de Mí. Sin Mí, seguirías adelante en tu pequeño mundo y te verías limitado a obrar con tus magros recursos. Tus fuerzas humanas flaquearían apenas comenzado el día, tus propias ideas se interpondrían, y no llegarías muy lejos valiéndote de la cuota de amor de ayer. En cambio, cuando acudes a Mí, Yo te abro el inconmensurable mundo de Mi Espíritu. Yo soy sabiduría, soy fuerzas, soy amor.

¿No dije acaso en Mi Palabra que debes esforzarte por entrar en Mi reposo? En apariencia es más fácil seguir adelante con tus propias energías que esforzarte por entrar en la dimensión de Mi Espíritu en la que Yo te conduciría; pero no es cierto. Así solo te complicas las cosas, pues haces que me resulte más difícil ayudarte. Tómate, pues, un rato cada mañana para escucharme y entrar en Mi reposo. Ten presente que mientras no me hayas escuchado a Mí, estás desprovisto de las fuerzas, la sabiduría y el amor que necesitas para hacer frente a un nuevo día.

El ejercicio hace maestro al novicio. A medida que te ejercites en acudir a Mí, se volverá más fácil. No dejes de tomarte ese tiempo conmigo cada mañana, y verás que siempre acudiré a la cita.